

AGENDA CIUDADANA

LA PROMESA INCUMPLIDA

Lorenzo Meyer

Promesa y Realidad.- La promesa hecha desde las alturas del poder -- gobierno, negocios, academia y medios de información--, fue clara: para recuperar la dinámica del desarrollo histórico de la economía y la sociedad mexicanas, perdida con la crisis de 1982, había que echar por la borda el modelo económico existente -- caracterizado por un mercado protegido, una economía mixta y una ideología nacionalista-- y cambiarlo a la brevedad por su opuesto: uno de mercado abierto, libre flujo de capitales --en la práctica, la integración con Estados Unidos--, empresas privadas e institucionalizar el alejamiento definitivo del gobierno de la producción y concentrarlo donde hiciera menos daño: en la administración de lo estrictamente no mercantil. Se dijo que, al principio, la concentración de la riqueza sería inevitable y el costo social alto, pero pasado el *shock* inicial, todos estarían en una realidad mejor: no sólo la gran burguesía, sino también los sectores medios y, finalmente, las clases populares, pues los beneficios del nuevo capitalismo se filtrarían de la cumbre a la base de la pirámide social. La desigualdad no desaparecería, pero el bienestar de la sociedad en su conjunto, aumentaría. Esa fue la promesa, pero a casi tres lustros no se ha cumplido, ni tiene para cuando.

La Realidad Contra la Teoría o Viceversa.- Hay casi un acuerdo universal en el sentido de que es inaceptable montar una defensa del socialismo argumentando que su teoría estaba bien y que lo que falló fue simplemente la realidad. Por la misma razón resulta también inaceptable sostener hoy que el neoliberalismo es un éxito y que los desastres económicos que estamos viviendo a escala nacional y global, son

meramente el resultado de su mala aplicación, de una realidad reacia a adaptarse a los principios. Si a final de cuentas no hay más socialismo que el “socialismo real” --el que se dio en la URSS, en la Europa del Este, en Cambodia o en Etiopía y el que aún sobrevive en China, Corea del Norte, Vietnam o Cuba--, de igual manera, no hay más neoliberalismo o economía de mercado, que la que efectivamente opera en Estados Unidos, Europa, Japón, Rusia, Brasil, Indonesia o México. Y ese “neoliberalismo real” no está dando los frutos que prometió.

Los Principios.- La teoría neoliberal o de economía de mercado está basada en una serie de principios tan claros como simples, que vienen de la economía clásica, y que se pueden resumir así: la conducta de todo actor económico obedece a su deseo de maximizar sus recursos y oportunidades. La propiedad privada y la libre competencia son la única vía racional para lograr la asignación óptima de los recursos productivos a nivel del sistema --nacional o global--, pues ese es el arreglo más flexible y siempre favorece a quien busca y encuentra la mejor combinación de los factores para producir al menor costo posible. Los ineficientes son eliminados sin miramientos y el consumidor --todos lo somos-- es, finalmente, el gran beneficiado y por ello el arreglo tiene una sólida base tanto práctica como ética. La interferencia gubernamental con este proceso natural, dirigido por “la mano invisible” de la oferta y la demanda, no puede menos que distorsionarlo crea ineficiencias y es inmoral, pues eleva el costo social de la producción de bienes y servicios en beneficio de parásitos.

La Realidad.- La teoría anterior nunca cuadró por completo con la realidad. Para empezar, porque el libre flujo de bienes y capital partió de tremendas desigualdades que no le permitieron competir a muchos. Esa desigualdad original dio

una enorme y decisiva ventaja inicial a la parte más fuerte, ventaja que en muchos casos simplemente perpetuó y ahondó la asimetría inicial dentro de las naciones y, sobre todo, entre las naciones. Así, por ejemplo, cuando en los años veinte del siglo pasado Gran Bretaña propuso a México un tratado de libre comercio bajo el principio de la igualdad de las partes, simplemente chantajeo a un país recién independizado, débil e inseguro, que necesitaba del apoyo de la Armada Real para no ser objeto de la reconquista europea y que, por ello, aceptó la ficción de la igualdad entre desiguales. Firmado ese el acuerdo, la “mano invisible” del mercado puso todas las fichas del lado inglés y le causó enormes estragos a la incipiente producción mexicana, sobre todo a la textil, justo en la época en que era el origen de la revolución industrial. Fue entonces, como bien señalara el profesor John Coatsworth, que México pasó del atraso al subdesarrollo, condición en la que se mantiene hasta el día de hoy. Hoy, Estados Unidos ha reemplazado a Inglaterra como la liga principal de México con el mercado mundial, pero lo ha hecho en las mismas condiciones de desventaja relativa para México que en el siglo XIX.

Empujado por sus élites política y económica, en los años ochenta, México cambió a gran velocidad un modelo económico inviable por otro, pero quince años después de iniciado el cambio, y a casi cinco años de que entró en funciones el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos, los resultados no corresponden a la promesa que se hizo entonces. Veamos un indicador de los muchos posibles: el crecimiento *per capita*. En los años del llamado “milagro mexicano”, en los sesenta, este crecimiento fue, en promedio, del 3% anual. En contraste, y basándose en predicciones no pesimistas para el año entrante, resulta que en los cinco años del

zedillismo, la economía mexicana tendrá un crecimiento promedio anual de 2.5%, pero si se le resta el aumento de la población (1.9%), entonces ese crecimiento *per capita* será de apenas 0.6%, ¡cinco veces menor que con el antiguo modelo!, (*La Jornada*, 11 de octubre). El gobierno ni siquiera se ha atrevido a dar a conocer las últimas cifras sobre la concentración de ese magro ingreso, pues es muy alta y constituye otro indicador tan negativo como útil para medir la distancia entre teoría y realidad. Consciente del problema, el presidente Zedillo ha intentado echar sobre los hombros impersonales de “la economía mundial” la responsabilidad de la mala situación mexicana (*Reforma*, 10 de octubre). Pero ¿no es justamente dejar el juego de las grandes variables a cargo de la “mano invisible” de la globalidad parte fundamental de la lógica del modelo que los dirigentes mexicanos aceptaron como propio hace tiempo?. Como ese es el caso, entonces la argumentación presidencial resulta otra manera de formular la absurda propuesta de: “la teoría está bien, lo que está mal es la realidad”.

En la “realidad real” y no en la del libro de texto, ocurre, entre otras muchas cosas, que a quien tiene poder político el mercado simplemente no puede aplicarle sus reglas. En efecto, si el poderoso está en problemas y la mano invisible lo quiere hundir, entonces la mano del Estado lo puede salvar. En Estados Unidos, para poner un ejemplo reciente, el fondo *Long-Term Capital Management* (LTCM), manejaba miles de millones de dólares de inversionistas que le confiaban cuando menos 10 millones de dólares cada uno, pues estaba dirigida por unos “genios” de la nueva economía --entre otros, dos premios Nobel: Myron Samuel Scholes de la Universidad de Stanford y Robert C. Merton, de la de Harvard. Pues bien, a LTCM se le pasó la mano en su

juego especulativo mundial y la crisis que hoy azota a los mercados emergentes le hizo perder en un solo año 4,000 millones de dólares. En vez de dejar morir a la LTCM y dejar que sus ambiciosos inversionistas-especuladores perdieran su capital, tal y como la teoría dice que debería ser el caso, el gobierno norteamericano (la Federal Reserve) organizó rápidamente a la comunidad financiera para efectuar un rescate por 3, 500 millones de dólares a fin de que no se dejara de pagar a esos que ya de por si tienen mucho (The New York Times, 27 de septiembre y 2 de octubre). Pero no necesitamos ir a Connecticut –sede de LTCM— para encontrar un ejemplo aún más claro de que, en momentos críticos, la realidad no corresponde a la teoría. En México tenemos al Fobaproa, donde el gobierno pretende hacer crecer en 65,000 millones de dólares la deuda pública para auxiliar a una banca privatizada pero inepta, para cargar a los contribuyentes las deudas de unos cuantos grandes empresarios y, quizá, para cubrir parte del financiamiento ilegal de la campaña del PRI en 1994. El destino de la parte más débil de la sociedad es el que se deja a la dura “mano invisible”.

Frutos.- Según el Evangelio “por sus frutos los conoceréis”. Veamos pues algunos de esos frutos. Nadie puede negar las fallas del viejo modo de hacer las cosas, ni que el comercio mundial ha aumentado notablemente en los últimos diez años o que en el mercado se encuentran mucho más bienes de consumo que nunca antes. Sin embargo, también es innegable el hecho de que las filas del ejército de los miserables están aumentando a nivel global. No tanto en Estados Unidos y en la Europa desarrollada, pero si en el ancho mundo periférico y en la gran derrotada de la Guerra Fría, Rusia y su antiguo imperio.

En Brasil, la mayor economía de América Latina –novena a escala mundial--, el

gobierno decidió no devaluar su moneda para impedir la inflación y asegurarse tanto un buen lugar en la globalidad como la reelección de su presidente. Pues bien, hoy ese país está sufriendo el embate de una espectacular fuga de los capitales especulativos a los que recurrió para mantener su nivel de importaciones sin devaluar: desde que estalló la crisis rusa hasta el día de la elección, salieron de Brasil 30 mil millones de dólares. En cualquier caso, e incluso antes del desastre actual, el 25% de los adultos brasileños vivían permanentemente en tiempos difíciles: con el equivalente, en promedio, a 100 dólares mensuales (*The New York Times*, 2 de octubre). Si en los buenos tiempos la cosa estaba muy mala para esa parte de la población brasileña, a partir de ahora estará peor, pues volverá la inflación y el gobierno reducirá aún más su gasto social. En diferente medida, el mismo proceso se experimenta en México y en otros países de la región.

Rusia perdió la Guerra Fría y, como resultado, debió abandonar el modelo socialista y adoptar el de sus adversarios: el del mercado. El costo social ha sido altísimo, pero a pesar de haberlo pagado, hoy Rusia es víctima de la desconfianza del capital global que simplemente abandonó a ese país, hundió al rublo, aceleró la inflación y dejó a la sociedad al borde de la ingobernabilidad. Rusia vive hoy como un país derrotado en una guerra convencional, pero sin el dudoso beneficio de un ejército de ocupación que se hiciera cargo de alimentar a los hambrientos, mantener el mínimo de servicios públicos y reconstruir, como le sucedió a Alemania, Japón e Italia. En la actualidad rusa, ni los servicios mínimos funcionan: profesores en huelga por falta de paga, soldados sin equipo, toneladas de correo sin entregar porque los carros para hacerlo no funcionan. Hay gente que, literalmente, muere de hambre en las calles de la

antigua gran potencia mundial y el mercado sólo ha hecho ricos a los pocos que entienden la mecánica de un tipo de capitalismo salvajes y al crimen organizado. China, que ya es parte de la globalidad, aún no tiene crisis pero si algo nuevo: una minoría capitalista próspera y al 10% de sus habitantes urbanos en la “pobreza absoluta” (*The New York Times*, 2 de octubre).

La actual economía global no funciona como dicen los textos. Y no funciona en términos prácticos ni en términos morales. El informe de la ONU sobre desarrollo humano nos dice que mientras 225 personas, las más ricas del mundo, poseen tanto como lo que tienen 2,500 millones de personas: las más pobres del mundo y que constituyen el 47% de la población del planeta. Las tres personas que encabezan la lista de esos superricos tienen activos que equivalen al Producto Interno Bruto de los 48 países menos desarrollados, (*El País Internacional*, 14 a 20 de septiembre). Este es el “neoliberalismo real”, y es en función de su innegable contribución al aumento de la productividad, pero también de la injusticia distributiva y de la miseria, que lo debemos de juzgar.